

trase todos los auxilios que reclamaba su delicada situación, porque aun permanecía enfermo de gravedad.

Obedeció, no sin alguna repugnancia, el marido de la portuguesa, porque desde la aventura de Izampú había conocido, aunque tarde, el error que había cometido al enlazarse con doña Constanza.

### Capítulo CXXXIX.

Ir por lana y volver trasquilado.

Algunos de los soldados que acompañaron á Alvar Nuñez de Vaca á Portugal, y que despues regresaron á la madre patria, corrieron el rumor de que Pánfilo de Narvaez había muerto.

La noticia llegó á oídos de su esposa Blanca, y como queria tanto á su marido, para adquirir detalles se trasladó á Lisboa.

La belleza de la mujer de Pánfilo impresionó vivamente á Alvar Nuñez, y desde el primer momento comenzó á hacerle la corte.

Adivinó desde luego que era una mujer noble, digna, virtuosa, y convencido de que tenia que renunciar á su amor, por los medios ilícitos trató de

encubrir su criminal pasion con un cariño verdadero; y le ofreció su mano de esposo.

Blanca queria guardar eterna fé al hombre con quien se habia unido ante el altar, y sus negativas aumentaron la pasion de Nuñez de Vaca.

Procuró disimular su despecho, y proyectó usar de la violencia para lograr el colmo de sus deseos.

Las casas de Lisboa estaban en aquella época aisladas unas de otras, y casi todas ellas tenian huerta ó jardin.

Esta circunstancia facilitaba notablemente la ocasion de un rapto.

Nuñez de Vaca eligió este medio.

Todo estaba preparado para aquel golpe de mano, y cuando ya se creia próximo el seductor á saborear su triunfo, oyó un grito terrible que profirió uno de los hombres que cercaban la casa.

Se aproximó para ver qué le motivaba; pero antes de llegar tres hombres le rodearon.

Antes de que tuviera tiempo de desenvainar la espada, uno de ellos, blandiendo un puñal en su diestra:

—¿Me reconoces?—le preguntó.

—¡Ah! —Tú eres el grumete Horcajo.

—Sí; yo soy el hermano de la desgraciada Teresa, á quien deshonraste.

•Muere, infame, muere.

Y al pronunciar estas palabras, hundió en su pecho el acero.

Nuestros lectores desearán, como es natural, la

explicacion de la presencia de Horcajo en Lisboa, y vamos á complacerles.

El virey don Antonio de Mendoza, que aunque amigo íntimo de Nuñez de Vaca, habia simpatizado con Pánfilo de Narvaez, le visitaba diariamente, y departian acerca de las noticias que se recibian de España.

Una mañana, apenas le saludó, le dijo con franca sonrisa:

—Al abrir hoy el correo, no he podido ménos de reirme. Bien dicen que á luengas tierras grandes mentiras. ¿Querreis creer que en la córte se tiene como un hecho vuestra muerte?

Pánfilo de Narvaez vió en aquella noticia una nueva intriga de su enemigo Nuñez de Vaca.

—Sin duda,—pensó,—quiere desorientar la opinion para que no recaiga sobre él sospecha alguna respecto á haberme arrebatado el mando. Pero yo juro que me he de vengar.

Esta idea cruzó por su imaginacion como un relámpago, y procurando reirse tambien, dijo al virey.

—A la verdad que es graciosa la invencion,—dijo;—pero yo siento únicamente que la noticia haya llegado á oídos de mi esposa, que, como podreis suponer, se habrá alarmado.

—Teneis razon, y me propongo en la primera expedicion desmentir ese rumor.

Yo, si me atreviera á pedir una gracia, preferiria otra cosa.

—Hablad, pues.

—Como tal vez sabreis, mi esposa posee cuantiosas riquezas, lo que me facilitaria reintegraros si pusiéseis á mi disposicion una de las carabelas.

—¿Y qué os proponéis?

—Ya podeis adivinarlo. Darne á la vela para España y devolver con mi presencia la tranquilidad perdida á mi esposa.

El virey accedió, y Pánfilo de Narvaez llegó á Sevilla.

Supo que su Blanca, al saber la noticia de su muerte, se habia trasladado á Lisboa para adquirir detalles, y allí se dirigió Pánfilo de Narvaez, no solo para reunirse con su esposa, sino, á ser posible, para vengarse de Nuñez de Vaca.

Le acompañaban su fiel servidor Horcajo y otros tres ó cuatro españoles, de cuya fidelidad estaba seguro.

Llegó, pues, á Lisboa con el mayor sigilo, averiguó la habitacion que ocupaba su esposa, y en tanto que él le referia cuanto le habia ocurrido durante su larga ausencia, encargó á sus acompañantes que se retirasen á descansar, porque al dia siguiente de madrugada necesitaria sus servicios.

Tres de ellos obedecieron, pero el otro, que era muy aficionado á jugar á los dados y al zumo de las cepas, entró en un meson en el que creyó oír pronunciar el español.

No se habia equivocado.

Al rededor de un gran jarron de vino, colocado

sobre una mugrienta mesa, hablaban en voz alta cuatro hombres á quien desde luego conoció.

Ellos, que sin duda habian hecho más libaciones de las regulares, no se fijaron en él y continuaron su charla.

—Con que ya lo sabeis,—decia uno;—antes de que raye el nuevo dia estad dispuestos para dar el golpe. Trescientos ducados por barba no son de despreciar. y ya sabeis que Nuñez de Vaca lo que dice lo cumple.

—A la verdad,—dijo otro con risa estúpida,—que nuestro jefe se ha propuesto por todos conceptos vengarse de Pánfilo de Narvaez. Despues de arrebatarle el mando ahora le sopla la dama.

—Eso será si ella quiere.

—¡Calla, tonto! ¿Pues no sabes para qué debemos reunirnos hoy á las tres de la mañana?

—No recuerdo.

—Pues es para penetrar en la casa que habita la mujer de Pánfilo de Narvaez, y de grado ó fuerza llevarla á la de nuestro jefe.

El soldado no quiso oír más.

Abandonando aquella estancia se dirigió precipitadamente á casa de Pánfilo y le notició lo que ocurría.

Este ordenó que sin pérdida de tiempo fuese á avisar á sus compañeros, los situó en las calles inmediatas, y ya sabemos el resultado que tuvo aquella emboscada.

Pánfilo quiso recompensar á Horcajo por haber

quitado de enmedio á su implacable enemigo; pero el jóven grumete le dijo:

—Lo agradezcó; pero no acepto. He cumplido mi mision; al hundir el puñal en ese infame, no solo os he vengado á vos, sino que he vengado á mi infortunada hermana.

—¿Qué decís?

—A la muerte de mis padres, quedamos solos en el mundo mi hermana y yo. Ella entró á servir á una señora, yo como lego de un convento. No tardé en saber que Nuñez de Vaca; con palabra de casamiento, habia abusado de su inocencia, y cuando la infeliz se convenció de la falsedad de su seductor, sucumbió de pena.

Juré vengarme, y abandonando el convento, me alisté en la expedicion que mandábais, acariciando la ocasión de castigar al que causó la deshonra de mi hermana.

Ya estoy satisfecho, y voy á regresar á España. I réal convento, caeré á los piés del prior, le pediré perdon, y si me lo otorga, pasaré en aquel santo asilo los dias que me restan de vida.

Narvaez nada tuvo que objetar á aquella resolucion.

Los demás españoles prefirieron quedarse en Lisboa.

Blanca consiguió de su esposo, á fuerza de súplicas y lágrimas, que se retirase á la vida privada para disfrutar de los cuantiosos bienes que, á pesar de los muchos desembolsos que habian hecho, con-

taban aun para vivir holgadamente en la madre patria.

Más tarde, á pesar de su firme resolucion, Pánfilo de Narvaez solicitó y obtuvo del monarca español el nombramiento de gobernador de una de las provincias que formaban parte del antiguo reino de Mejico.

## Capítulo CXL.

En el que Hernan Cortés visita la casa de sus padres en Medellín.

Hernan Cortés, á quien dejamos navegando con rumbo hácia España, llegó á Sevilla.

Allí supo con pena que el emperador se hallaba en Flandes, adonde le habia llevado la cuestion de Gante.

Contrariado por esta circunstancia, decidió dejar á su mujer, hijas y servidumbre en casa del conde de Aguilar, y emprender él en compañía de su hijo Martin un viaje á Medellín, con objeto de visitar la casa de sus padres y rezar sobre su tumba.

Salieron, pues, padre é hijo sin más acompañamiento que un jóven indio que en calidad de criado se trajo de Méjico.

Este indio tenia diez y seis años, y al recibir la noticia del viaje que iban á emprender, una alegría siniestra cruzó como un relámpago por su fisonomía.

¿Qué podia motivar esta emocion en aquel servidor de Cortés.

Vamos á explicarlo.

No nos es enteramente desconocido este personaje de la novela.

Le hemos visto á la cabecera de la cama en que moribunda le confiaba Marina el secreto de su nacimiento.

Era, pues, el hijo del caudillo y de su desgraciada amante.

Después de haber sostenido una lucha cruel en su corazon, porque habia jurado á su madre no atentar jamás á la existencia del que le dió el sér, al saber que Hernan Cortés habia contraido nuevos lazos, al llegar á su noticia que otros séres le arrebatában el cariño á que tanto derecho tenia, concibió la idea de vengarse, y comprendiendo que no era la fuerza la que habia de emplear para conseguirlo, sino la astucia, inventando una historia patética, conmovió al caudillo, y al interesar su corazon le pidió la gracia de formar parte de su servidumbre.

—¡Ah!—se decia.—Una vez cerca de mi padre, no me faltará ocasion de vengarme de él; yo le haré pagar la deshonor de mi cariñosa madre, de aquella generosa mujer que murió bendiciéndole, á pesar de las lágrimas que habia devorado, á pesar de la horfandad, del abandono en que me dejaba.

Reflexionó algunos instantes, y luego continuó:

—No, yo no debe matarle. Recuerdo perfectamente las palabras de mi madre: «Un hijo jamás tiene razon para alzar su brazo contra el autor de sus dias.» Por otra parte, esta seria débil venganza. Es preciso que sufra más: es preciso que vea moribundo á su hijo, que le vea caer á sus pies bañado en sangre, y que sepa que él es su verdugo, puesto que si yo le quito la vida, es porque mi brazo obedece al ódio que ha infiltrado en mi corazon.

Con estos antecedentes bien pueden imaginarse nuestros lectores que habia de felicitarse por aquel viaje, que era, para realizar sus proyectos, cuanto podia desear.

Hay que advertir que se mostraba siempre muy afable y cariñoso con Martin; pero este, sin saber por qué, evitaba y temia aquellas caricias.

Más de una vez dijo á su padre el inocente niño:

—No podeis figuraros el miedo que siento cuando me hallo á solas con el negrito.

—¿Por qué, hijo mio? ¿Acaso te ha maltratado algun dia?

—Maltratarme no; pero me mira de un modo que parece que sus ojos despiden lumbre, y luego pronuncia unas palabras ininteligibles para mí, pero que á él le hacen prorrumpir en feroz alegría.

—Desecha esos temores. En el tiempo que lleva á nuestro lado le he observado cuidadosamente, y no he hallado en él nada que pueda inquietarnos.

El niño se tranquilizaba momentáneamente, pero

la verdad era que hubiera agradecido mucho á su padre que se desprendiese del indio.

Hernan Cortés, su hijo y el indio, llegaron á Medellín.

A pesar de los muchos años que habian trascurrido desde que abandonó el pueblo, conoció desde luego la casa en que habian corrido sus primeros años.

Bien es verdad que las impresiones de la infancia, ni el tiempo, ni las tempestades de la vida lo gran borrarras por completo.

Hallábase absorto contemplándola con religiosa atencion, cuando se acercó un anciano y le dijo:

—La casa que es objeto de la curiosidad de vuesa merced, es precisamente la que habitaban don Martin Cortés y su esposa doña Catalina.

—¿Vos los conociais?—preguntó Cortés.

—¡Y tanto! Tambien he conocido á su hijo, al ilustre conquistador de Méjico. Por cierto que todavía me acuerdo de cuando el muchacho fué á estudiar á Salamanca.

—Veo que estais perfectamente enterado, porque segun tengo entendido, allí se educó el hijo de don Martin Cortés.

—¡Que si estoy cierto!... Como que yo fui quien le acompañó á Salamanca. Parece que le estoy viendo. Iba tan taciturno, tan...

—¿Y no habeis vuelto á saber de él?

—Aquí en España se han dicho muchas cosas. Unos dicen que es muy feliz, otros que es muy des-

graciado. No ha faltado quien ha corrido la noticia de que era un aventurero ambicioso, un mal hombre, que queria proclamarse dueño de los países conquistados, sobreponiéndose á nuestro emperador; pero se conoce que los que tal decian no han visto ni en pintura á don Hernan: el que en sus épocas más prósperas se ha acordado preferentemente de sus padres, el que siempre los ha socorrido, el que ha sido capaz de llevar á cabo una empresa tan grandiosa como la conquista de las Indias, no puede abrigar en su corazon sentimientos tan mezquinos.

—Tio Picos pardos, - exclamó Hernan Cortés deramando lágrimas de agradecimiento, — permitidme que os estreche en mis brazos, ya que tan feliz me habeis hecho con vuestras palabras.

—Pero ¿quién os ha dicho mi nombre?

—Nadie; sólo os diré que yo soy á quien acompañasteis á la universidad de Salamanca.

—¡Loado sea Dios! —dijo entusiasmado el tio Picos pardos. —Abrazadme otra vez, y apretad fuerte, que este encuentro me quita veinte años de encima.

Fijándose en Martin, añadió:

—No niega este mancebo de quién descende. Sus facciones son el retrato de vuesa merced, y la mirada es la misma de su abuelo don Martin, que esté en gloria. Pero espere un momento vuesa merced, que voy por la llave de la casa. Don Martin, en sus últimos momentos, la confió á Anselmo, ya recuerda vuesa merced, aquel criado... muy buena persona, pero muy aficionado al mosto, y que soltando la sin

hueso... Pues como iba diciendo, Anselmo, antes de cerrar el ojo, me llamó y me dijo:

»—Tio Picos-pardos, me parece que se me va cumpliendo la licencia que tenia del sepulturero. Si me muero, recoged la llave de la casa de mis amos, y cuidad de que nada falte de lo que hay, Tal vsz algun dia regrese don Hernan de las Indias, y es muy justo que encuentre lo que es suyo.»

Con que voy, voy corriendo, con permiso de vuesa merced, —añadió el tio sempiterno hablador, echando á andar con la lentitud natural á sus años.

Hernan Cortés aprovechó aquel intervalo para contar á su hijo algunos episodios de su vida, que habia despertado en su memoria el relato del tio Picos-pardos.

Este volvió un momento despues con la llave, y los tres penetraron en aquella casa, que tan vivos recuerdos evocaba en el corazon de Cortés.

El indio desapareció sin que ninguno lo notara.

Al llegar á la alcoba en donde murieron sus padres, se descubrió el caudillo; se arrodilló, los que le acompañaban hicieron lo propio, y un momento despues se hallaban todos unidos por el vínculo de la oracion.

A Cortés le afectó sobre manera aquella escena, y notándolo el tio Picos pardos:

—Vamos, vamos á mi casa, que vuestras mercedes están cansados, y además, es justo que tomen algun refrigerio. A Dios gracias, no faltará en ella una buena cecina y un vinillo añejo de mis viñas que

ofrecer á vuesa merced. Sólo siento no tener yo también un hijo que pudiese jugar con Martinico; pero ¡qué diantre! no hay más que conformarse; mi mujer no quiso darme ese gusto... aunque ella me echaba siempre la culpa á mi...

Padre é hijo siguieron al ex-arriero, y durante el camino que les separaba de su casa, como en el tiempo que permanecieron en la mesa, hizo al caudillo más preguntas que un catecismo.

Hernan Cortés satisfizo cumplidamente su curiosidad, y al anochecer se dirigió con su hijo á la iglesia, en una de cuyas cúpulas estaban enterrados sus padres.

Al preguntar por el indio, supo que habia desaparecido, y aunque no dió importancia alguna á este suceso, recomendó al tio Picos pardos que averiguase su paradero.

---

## Capítulo CXLI.

---

### Remordimiento.

La casa solariega de Cortés tenia un pequeño jardín.

Las tapias que le circundan eran de poca elevación, lo que permitian escalarle fácilmente.

En cuanto se apercibió de esta circunstancia el hijo de Marina, desapareció como sabemos, con el propósito de penetrar en la casa durante la noche y realizar el deseo que abrigaba.

—El cansancio del viaje,—se decia,—hará que mi amo y su hijo sean presa del sueño. Yo penetraré á media noche, buscaré á Martin y hundiré mi puñal en su pecho. No es probable que mi brazo se equivoque; pero si se equivoca y se dirige á Hernan Cor-